

## PRESENTACIÓN

Recomendaría leer este segundo volumen de *La Valencia desaparecida* con la misma actitud que si se tratara de la segunda parte del *Quijote*, de cuya edición se cumplen ahora cuatro siglos. Si esta sigue con las andanzas del hidalgo de lanza y adarga, también el presente volumen mantiene cabalmente la filosofía del primero: Ángel Martínez y Andrés Giménez, cámara fotográfica y pluma en ristre, reproducen y comentan fotografías antiguas de la ciudad de Valencia. Pero lo significativo en la segunda parte de la obra de Cervantes no es la descripción de nuevas andanzas del hidalgo manchego, sino la paulatina *sanchificación* de Alonso Quijano y la correspondiente *quijotización* de su escudero Sancho Panza. Y porque en el relato cada uno de ellos tiende a convertirse en el otro, nosotros mismos albergamos en nuestro interior lo que tenemos de Quijote y de Sancho, o lo mejor de ambos convirtiéndose cada uno en el otro. Y aquí, en este álbum pulcramente editado de imágenes comentadas, acaece un fenómeno semejante: no se trata de añadir sin más nuevas fotografías a lo contenido en el primer volumen, sino de auspiciar un efecto en el lector o la lectora semejante al de la obra cervantina.

Con cada pareja de fotografías, la antigua y la reciente, Ángel Martínez y Andrés Giménez nos hacen una propuesta que parece superar los límites cronológicos. Cuando adoptan la perspectiva del autor o autora de una fotografía antigua, reproduciendo el mismísimo encuadre, nos invitan a preguntarnos por la razón que motivó la realización de aquella imagen, por el fragmento de realidad que se quería inmortalizar en el papel (y recuérdese que en la fotografía analógica el negativo era un bien escaso y el revelado un proceso costoso). Pero al reproducir la fotografía en un tiempo reciente y documentarla, los autores nos están planteando también implícitamente las razones por las que ellos han seleccionado esa fotografía y no otra, por la manera como la han reproducido y por las variaciones que encontramos entre las dos imágenes, la antigua y la reciente. Ambas se refieren al mismo espacio enmarcado por el objetivo, pero se trata de dos realidades distintas.

La fotografía reciente desvela la irrealidad de la precedente, como la sensatez del escudero sirve de contrapunto a las fabulaciones del hidalgo. Lo representado en la imagen antigua solo existe como una idealización en gama de grises. Pero pronto la situación se invierte, porque la fotografía reciente, la realizada y comentada por Ángel Martínez y Andrés Giménez, también ha sido fijada en el papel y también es una realidad idealizada, aunque con una paleta cromática más amplia, y su sentido, el hecho de que se haya realizado, depende de la fotografía antigua; ella es su justificación. Así pues, la imagen antigua cobra realidad y la reciente, como su reflejo, se idealiza paulatinamente, como se *sanchificaban* y *quijotizaban* los personajes cervantinos.

Decía Henri Cartier-Bresson que fotografiar «es poner sobre la misma línea de visión la cabeza, el ojo

y el corazón». No se trata solo de que la luz, concentrada por un objetivo, impacte sobre una superficie o un dispositivo fotosensible, sino de convertir ese fenómeno óptico en una acción estética, y ya se sabe que *nulla aethetica sine ethica*, ninguna estética ha de existir sin ética. Las páginas de este libro permiten un alineamiento de la cabeza, el ojo y el corazón del autor de la fotografía antigua, de los autores del libro y de las fotografías recientes, y del lector o la lectora que se embarque en sus páginas. Además, no solo tiene la opción de ver las imágenes seleccionadas, sino también añadir más fotografías a cada pareja que muestra el libro, bien intentando repetir la imagen por su cuenta, desplazándose al lugar y buscando el encuadre preciso, o bien apelando a su memoria y recuperando del archivo de sus recuerdos aquellas imágenes que se corresponden con las fotografías presentadas. Cuando lo haga, se identificará más potentemente con los autores de las fotografías antiguas y los de las recientes, como si estuviera *quijotizándose y sanchificándose* paulatinamente.

A diferencia de la segunda parte del *Quijote*, aquí no muere el protagonista; la ciudad inmortal solo se transforma. Pero además, si algo se resiste a la muerte, es precisamente la fotografía. Cuando en los funerales en latín se rezaba un *réquiem*, el sacerdote rogaba que el Señor diera el descanso eterno a los muertos y las personas congregadas respondían con la fórmula «*Et lux perpetua luceat eis*», es decir, «Y que la luz perpetua los ilumine». La fotografía cumple definitivamente ese ruego. La luz que se refleja en personas o paisajes, y que sensibiliza una superficie o un dispositivo, queda fijada en una imagen que se puede mantener más allá de lo que alcanza la memoria de los seres humanos. Por eso, toda fotografía lo es de una realidad desaparecida, evanescente, y de una realidad que, precisamente en la fotografía, se resiste a desaparecer, que pugna por mantenerse en la luz perpetua. Así también la Valencia del libro.

Francesc J. Hernández

Profesor de la Universitat de València

## INTRODUCCIÓN

Nada más salir a la calle *La Valencia desaparecida* un sonsonete empezó a repetirse en nuestros oídos. Ese sonsonete nos ha perseguido hasta el día de hoy y ha sido una constante en nuestras vidas. Se trataba de una frase corta que de forma repetitiva y continua ha sido pronunciada por amigos, familiares y en general por cualquier lector de *La Valencia desaparecida*. La frase era pronunciada tanto en cualquiera de las presentaciones del libro como en una comida familiar, era pronunciada incluso cuando te encontrabas por la calle a un amigo o conocido que, invariablemente la emitía antes incluso de darte los buenos días. La frase era corta y concisa, consistiendo en una simple y llana pregunta: «¿Y para cuando la segunda parte?». Esa frase-mantra nos ha perseguido durante meses al igual que a las parejas con su primer hijo les persigue invariablemente la preguntita de marras, «¿Y para cuando la parejita?».

Pues aquí está la parejita, a la que en un alarde de originalidad y tras duras sesiones de *braimstorming*, hemos dado en llamar *La Valencia desaparecida 2*. Dicen que segundas partes nunca fueron buenas pero aquí estamos nosotros para, conjuntamente con los seguidores de la saga de *El Padrino*, intentar desmentir el dicho.

*La Valencia desaparecida 2* no es otra cosa que una continuación del primer libro. La filosofía que nos llevó a crear aquel ha sido mantenida a rajatabla a la hora de elaborar este. Se trata de una esmerada selección de fotografías antiguas de Valencia que reflejan un pasado que ya no volverá y que nos ayudan a comprender a la Valencia actual, con sus presentes grandezas y también, lamentablemente, con sus indisimulables miserias.

No hemos reparado en literalmente *saquear* nuestros propios archivos y los de muchos amigos, entre los que se encuentra el *who is who* del coleccionismo fotográfico valenciano, para localizar fotografías sorprendentes y en muchos casos inéditas, que esperemos consigan que los lectores, a la par de que conozcan su ciudad y su pasado, reflexionen sobre la evolución en el tiempo de esta.

Hemos intentado, en la medida de lo posible, rellenar aquellas carencias que pudiéramos haber detectado en el primer libro. Aparecen barrios (Monteolivete, Campanar, Nazaret,...) que no aparecieron entonces, incluimos múltiples espacios de la ciudad (Mestalla, Mercado de Abastos,...) que no hicieron su aparición en 2014. Y aun así, hemos detectado centenares de espacios de nuestra ciudad que sin duda merecerían haber estado reflejados y que no lo han podido estar por mor de no crear un libro de espesor desmesurado e inmanejable.

Una vez más ha jugado un papel importante la conjugación de imágenes antiguas de todo tipo, desde

postales comerciales hasta fotografías particulares. Y dentro de esta última recorreremos todo el espectro, desde fotógrafos consagrados (Esplugas, Ángel, Levy...) hasta imágenes de fotógrafos anónimos adquiridas en rastrillos, tiendas de viejo o en algún que otro insospechado lugar.

Ha pasado poco más de un año desde la elaboración de *La Valencia desaparecida* y los autores somos un año más viejos, quizá (solo quizá) un año más sabios, y también somos, indudablemente, un año menos ingenuos. Con la confección de *La Valencia desaparecida* creímos haber contribuido, aunque solo fuese tangencial y milimétricamente, a una pequeña concienciación ciudadana que permitiese, sin menosprecio de la Valencia actual, la conveniente y justa valoración de la Valencia pasada. Las casi enteramente dos ediciones vendidas (aproximadamente 3.000 ejemplares) nos hicieron albergar la posibilidad de despertar, en la medida de nuestras limitadas posibilidades, entre algunos de nuestros conciudadanos –clásicos adalides de «lo actual es siempre bueno y lo pasado es siempre malo»– un cierto interés por la Valencia de nuestros antepasados.

Hubo una de nuestras 94 comparativas existentes en *La Valencia desaparecida* en la que precisamente creímos como ejemplo de esa concienciación y que incluso adoptamos como comparativa-fetiché al respecto. Descubrimos en nuestros archivos una foto, con pinta de ser de los años 20, en la que unos señores celebraban un evento en un lugar por localizar. Nuestro querido amigo Tono Giménez, insigne fotógrafo, y mejor persona, descubrió que ese lugar era el mítico café *Ideal Room*, quizá el café más importante de nuestro país durante los convulsos tiempos de la Guerra Civil. En el lugar del citado café, en 2014, estaba situada una preciosa tienda de lencería femenina que conservaba tanto las preciosas cristalerías como otros elementos decorativos tanto externos como internos que habían pertenecido al *Ideal Room*. Jóvenes, guapos, delgados e ingenuos como éramos por aquel 2014, pensamos que ese descubrimiento de la foto antigua iba a poner en valor los elementos decorativos de esa lencería pues probábamos que eran los originarios del mítico café. La puesta en valor evidentemente conllevaría la preservación *ad infinitum* de dichos elementos decorativos, cristalería modernista a la cabeza.

Pues bien, mientras escribimos estas líneas, todavía están calientes las lágrimas vertidas hace pocos días cuando la apertura de un nuevo local de hostelería se llevó por delante para siempre los últimos restos del *Ideal Room*, convirtiendo a nuestra foto moderna de *La Valencia desaparecida* en candidata a foto antigua en *La Valencia desaparecida 2*.

Esta terrible circunstancia recientemente acaecida, no es sino fiel reflejo de un mal que nos asola en nuestra ciudad. Amantes de lo nuevo, lo rabiosamente moderno y lo actual hasta caer en comportamientos ya casi parafilicos, los valencianos somos amantes del derribo, el fuego, la dinamita y la demolición y tentetioso. Nada está a salvo en esta ciudad porque todo es susceptible de convertirse en viejo pasado mañana. Y la vejez implica caducidad y lo caduco es feo. Y lo feo no merece existir. Este fenómeno, si bien no es privativo de Valencia, alcanza en nuestra ciudad su máxima expresión. Valencia celebra los 365 días

al año una ofrenda a los dioses de lo nuevo, como si estuviéramos en un continuo día de la marmota en donde todos nuestros amaneceres son 19 de marzo o 24 de junio y hay que preparar las correspondientes hogueras crepusculares.

Los autores de este libro, nos declaramos desde estas líneas como activos militantes en contra de la citada perversidad. No estamos solos. Hay mucha gente, como la perteneciente a la recientemente constituida Asociación Cultural Remember Valencia que está con nosotros. Desde esta asociación y desde otros ámbitos cada vez surge más gente disconforme con esta dinámica de arrasamiento de lo viejo. No somos trasnochados, tenemos nuestros *smartphones*, pero tampoco queremos tirar al contenedor el teléfono de nuestro bisabuelo. Y mucho menos sus fotos y muchísimo menos arrasar su alquería de la huerta.

En otro orden de cosas, una vez convenientemente desahogados, y regresando a *La Valencia desaparecida 2*, el elenco de amigos a los que tenemos que dar las gracias es extenso. El celeberrimo investigador valenciano José Huguet nos ha abierto por segunda ocasión las puertas de su infinito archivo de par en par. ¿Para qué buscar fotografías de Valencia solo y exclusivamente en mares lejanos y montañas remotas cuando nuestro amigo posee un archivo inabarcable que a su vez funciona como cajón de sastre de las maravillas en donde todo o casi todo es posible? ¿Y qué decir del impresionante archivo de Javier Sánchez Portas puesto de generosa forma a nuestra entera disposición? Ricardo Borja, Miguel Ángel Saiz, Juanjo Olaizola, José Manuel Garrido, José Antonio Tartajo, Ferranda Martí, Emi Pérez, Andrés Lozano, Rafa Guillot, Manel Montal, Francesc J. Hernández y la Fundación Goerlich, son los otros amigos que nos han permitido usar alguna o algunas de sus fotografías para confeccionar este libro. A todos ellos les agradecemos su desinteresada colaboración pues sin ellos *La Valencia desaparecida 2* no tendría sentido. Mil gracias a todos.

Y a los lectores decirles que muchas gracias por estar ahí.

Andrés Giménez y Ángel Martínez

Valencia, verano de 2015



## AGRADECIMIENTOS:

Andrés Goerlich

Andrés Lozano

*Asociación Cultural Remember Valencia*

*Ateneo Mercantil de Valencia*

*Autoridad Portuaria de Valencia*

Cristina Carceller

*Diputación de Valencia*

Emi Pérez

Ferranda Martí

Francesc J. Hernández

*Fundación Goerlich*

*Hotel-Balneario Las Arenas*

Javi Mozas

Javier Sánchez

José Antonio Tartajo

José Huguet

José Manuel Garrido

Juanjo Olaizola

Manel Montal

Miguel Ángel Saiz

Rafa Badía

Rafa Guillot

Rafael Solaz

Ricardo Borja

Rubén Martín

*Sociedad Estatal Correos y Telégrafos*

*Taco Bell*

Tono Giménez

Valencia F.C.



## 1 Plaza de Emilio Castelar

Postal fotográfica que muestra una imagen de 1929 desde la torre del edificio de Correos y Telégrafos. Este edificio, de estilo eclectista y cuyo inicio de obras data de 1913, se inauguró en 1922, siendo su nombre inicial el de Palacio de Telecomunicaciones. Su autor fue Miguel Ángel Navarro Pérez. Desde la citada torre podemos observar los kioscos de flores de estilo oriental (conocidos popularmente como «kioscos japoneses») inaugurados el 6 de junio de 1924 por los reyes de Italia y que fueron derribados en 1933 con vista al proyecto de remodelación de la plaza que en 1929 presentó el arquitecto municipal Javier Goerlich. En el centro destaca el monumento al Marqués de Campo (obra de Mariano Benlliure), erigido el 29 de marzo de 1908, si bien hasta 1911 no queda completado el grupo escultórico. En 1933 es trasladado a su emplazamiento actual, la plaza de Cánovas del Castillo. Como se puede ver actualmente dicho espacio de la actual plaza del Ayuntamiento es una zona diáfana e infrautilizada (solo se le da un uso determinado en las fiestas falleras o en las semanas navideñas), aunque al menos ha dejado de ser un espacio para la acumulación y aparcamiento de vehículos, como así ocurrió durante gran parte de la segunda mitad del siglo pasado.

*Archivo J. Huguet*





Á. Martínez - 2015